

facilitaran el uso de la compilación a los estudiantes y especialistas en Relaciones Internacionales, quienes serán el público más interesado en el texto. A pesar de dichas limitaciones, el volumen editado por Borja permitirá a los estudiantes de R. I. adentrarse en la obra de un clásico moderno y en debates centrales de las teorías de Relaciones Internacionales.

.....
Democracy in Latin America, 1760-1900. Vol 1. Civic Selfhood and Public Life in Mexico and Peru, por Carlos A. Forment, Chicago, The University of Chicago Press, 2003, 488 p.

Guillermo Trejo, Duke University

Carlos Forment nos entrega el primero de dos volúmenes de un estudio de interés para la ciencia política y la historia latinoamericana. A lo largo de este primer volumen encontramos proposiciones revisionistas de la historia decimonónica latinoamericana que nos descubren una *democracia cívica* de origen católico, a partir de una cantidad de datos; una invitación a repensar la herencia Tocquevilliana con evidencia latinoamericana; propuestas para estudiar la democracia bajo un nuevo lente sociológico y moral; críticas agudas, severas, y a veces salomónicas de las ciencias sociales y en particular de la política comparada; e

incluso un intento por fundar una nueva “ciencia de lo político”, en estas líneas quisiera resaltar tres aportaciones y tres limitaciones del libro.

El principal hallazgo, y acaso la aportación más importante del estudio de Forment, es la existencia de un rico acervo de asociaciones cívicas que surgieron y florecieron en varios países y regiones de América Latina a lo largo del siglo XIX. Contrario a lo que generalmente se sostiene, Forment demuestra que durante el siglo XIX latinoamericano no sólo hubo autoritarismo, inestabilidad y guerras civiles, sino también maduró un asociacionismo cívico que ni Tocqueville ni sus contemporáneos advirtieron. Como lo documenta el autor, coexistieron de manera paralela sistemas políticos autoritarios y sociedades civiles democráticas. En México, Argentina, Cuba y en menor medida en Perú, los ciudadanos latinoamericanos construyeron “templos democráticos”, en donde practicaban el autogobierno y la soberanía popular en sus quehaceres cotidianos, pero ejercían la antipolítica y permitían la existencia por *default* del autoritarismo a nivel del sistema macro-político.

Democracy in Latin America da cuenta de la existencia de cientos de asociaciones cívicas que Forment encontró tras un minucioso trabajo de archivo. La evidencia se presenta primero en forma de estadística descriptiva, con gráficas que muestran la evolución de un sinnúmero de asociaciones ciuda-

danas a lo largo del México y del Perú del siglo XIX, y a través de mapas que ilustran su variación geográfica entre países y al interior de cada país. La descripción de los datos se complementa con una narrativa densa que señala las características organizativas y el vocablo que se utilizó en estos “templos” de la democracia.

Un segundo hallazgo del libro es mostrar la paradoja de que el catolicismo colonial –con todo y su estructura jerárquica y autoritaria– dotó a los ciudadanos de un lenguaje cívico para construir la democracia desde abajo. Forment sugiere que tanto la independencia del imperio español como la construcción de una sociedad civil democrática en el mundo poscolonial latinoamericano se tejieron desde el seno mismo de la tradición colonial, particularmente a partir del lenguaje y los conceptos que encarna el cristianismo católico. Un error común en la sociología de la religión que tiene sus orígenes en Weber es la asociación causal (sí, causal) del protestantismo histórico con el desarrollo capitalista, con una sociedad civil vibrante, y con la democracia misma. En contraste con el catolicismo, se argumenta, el protestantismo genera desarrollo, sociedad civil, y democracia. El trabajo de Forment se une a un grupo creciente de estudios que cuestionan el efecto causal y lineal de las doctrinas religiosas en el comportamiento social. Las grandes religiones, uno podría concluir, son

multivocales e incuban efectos contradictorios que a veces contribuyen y a veces socavan a la sociedad civil y a la democracia.

Un tercer hallazgo del libro es evidenciar que una sociedad civil activa puede coexistir con sistemas políticos y económicos autoritarios y excluyentes. Contrario al supuesto tocquevilliano que asume una correspondencia casi necesaria entre las prácticas ciudadanas y las instituciones políticas, Forment encuentra un divorcio estable y contradictorio entre las distintas esferas: una sociedad democrática en lo cotidiano que, por autoprotección, se mantuvo divorciada de un sistema político autoritario. El descubrimiento no es menor. Desde la publicación de *Making Democracy Work* de Robert Putnam, los politólogos argumentan que las instituciones políticas de la democracia alimentan al capital social y éste, a su vez, a las instituciones democráticas. La evidencia que presenta Forment nos obliga a cuestionar este consenso.

El libro tiene tres limitaciones.

La primera limitación tiene que ver con el análisis de la extensa base de datos de asociaciones cívicas. Como lo expresa el mismo Forment, los datos se acumularon con el objeto de “...mirar más allá de los datos mismos.” Es regla de oro siempre tratar de ver más allá de los datos; pero para mirar más allá de los números, primero hay que mirarlos con detalle. El análisis empírico de Forment es superficial y a veces cae

en ilusiones ópticas al no ponderar los datos de asociacionismo por el tamaño de la población en países, estados o provincias. El problema mayor, sin embargo, es que no explica a profundidad las diferencias cuantitativas entre México y Perú y menos atención presta a las enormes diferencias en la geografía cívica al interior de cada país que sus datos retratan. Por ejemplo, la diferencia entre los dos países se explica aludiendo a la naturaleza diferenciada de los movimientos independentistas y a la militarización de la sociedad peruana envuelta en guerras de toda índole. Siendo que México experimentó niveles similares de violencia e inestabilidad a los de Perú, la respuesta no es satisfactoria. La pregunta que queda en el aire es por qué la diferencia en la cultura cívica de los movimientos independentistas de México y Perú: ¿Por qué unos se emanciparon de la Corona y los otros no? ¿Por qué unos incubaron la semilla del asociacionismo y los otros no?

Una segunda limitación es que por celebrar la existencia de sociedades democráticas al paralelo de sistemas políticos autoritarios, Forment no se detiene a explicar el supuesto carácter antipolítico de los ciudadanos latinoamericanos e insiste en que los “templos de la democracia” no fueron contaminados por el estado ni por el mercado o la Iglesia católica. Dos grandes preguntas comparativas quedan en el aire: ¿Cómo logran los ciudadanos en sistemas autoritarios superar las trabas que

generalmente desincentivan la formación de asociaciones autónomas e independientes? ¿Por qué ciudadanos que practican la democracia cotidianamente renunciarían de forma tan radical a incidir en el mercado y en el estado?

Una tercera limitación del libro es su reduccionismo societal. Si bien el llamado que hace Forment a trascender el institucionalismo racionalista –que únicamente se concentra en reglas formales y élites e ignora estructuras económicas y sociales, y procesos de organización social desde abajo– es atinado, el paradigma alternativo que *Democracy in Latin America* quiere inaugurar –concentrado exclusivamente en las prácticas cotidianas, en la formación de hábitos y la cultura ciudadana, ajeno a los marcos estatales, institucionales y del mercado– puede ser igualmente artificial y limitante que el institucionalismo que Forment critica. Sin duda, para entender las instituciones hay que entender los tejidos y las normas sociales a partir de los cuales surgen y operan las instituciones mismas; pero para entender el comportamiento social en los barrios, las escuelas, las asociaciones cívicas, los clubes sociales, los sindicatos, los movimientos sociales, e incluso los movimientos rebeldes, es indispensable entender el marco institucional y la estructura económica en los que los grupos sociales operan.

El primer volumen de *Democracy in Latin America* es un libro teóricamente ambicioso, intelectualmente sugerente

te, y polémico; con abundante y valiosa información, ágilmente escrito en sus partes interpretativas, y provocativo en sus conclusiones, que merece una pronta traducción al castellano, una amplia lectura y mucha discusión en nuestras aulas.

Compartir el poder. La lucha por la democracia en México.

Una breve historia contada a los jóvenes,
por Felipe Garrido, México,
Océano, 2006, 140 p.

Francisco A. Eissa-Barroso
University of Warwick

Según Felipe Garrido la “lucha por la democracia en México” comenzó en 1910 y terminó en el año 2000. El libro inicia con una síntesis del Porfiriato para justificar el movimiento maderista, sigue con la Revolución, la fundación del PNR y continúa narrando los principales hechos políticos del siglo pasado hasta llegar al triunfo de Vicente Fox en la elección presidencial del 2000. A partir del título y la introducción, se podría inferir que la historia de la lucha por la democracia sería el hilo conductor que guiaría el texto, pero esto no sucede.

Nadie podría negar el carácter democrático del movimiento maderista ni del proyecto constitucional de Carranza, y Garrido lo señala acertada-

mente. En los capítulos siguientes, sin embargo, la lucha por la democracia parece quedar de lado mientras el autor simplemente enlista los hechos más importantes de la vida política nacional desde el asesinato del propio Carranza (1920) hasta la década de los cincuenta. Un presidente sucede a otro, se mencionan sus principales logros y punto. Nada, o casi nada, de la oposición, de la conformación del sistema político, de “la lucha por la democracia”, o de la tolerancia hacia otros partidos para legitimar al propio régimen.

A partir de los cincuenta la “historia de la democracia” se vuelve más clara mientras se explica al lector cómo se transformó la sociedad mexicana durante el desarrollo estabilizador, cómo fueron modificándose y aumentando sus demandas y cómo el sistema se vio gradualmente superado por éstas. Garrido describe las crecientes organización e insatisfacción de la sociedad mexicana frente a un aparato político que no le permitía participar en el gobierno de una manera que recuerda al argumento desarrollado por Samuel P. Huntington.¹ En síntesis, una sociedad que, como resultado del desarrollo estabilizador, se había vuelto más urbana, más rica y más educada, se mostró insatisfecha con un Estado que era

¹ Samuel P. Huntington, *El orden político en las sociedades en cambio*, México, Paidos, 1997, pp. 13-91.